

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

DE PAR EN PAR

A *El Centro*, periódico francamente carlista, le han dirigido un anónimo, en que le dicen:

«Mentira parece, señor director, pero aunque distanciado de los carlistas, leo algunos de sus periódicos, entre ellos *El Centro*, y por lo que han dicho y por lo que dicen contra los obispos y los católicos en general que no participamos de sus opiniones políticas, deduzco que están los carlistas trabajando en colaboración con Nakens y Blasco Ibáñez.»

Y *El Centro*, contestando al autor del anónimo, larga una andanada, de la que copio estos párrafos:

«Casi estamos por darle a usted la razón, señor remitidista anónimo; pero no se la damos en absoluto para que no lleve usted nuestras declaraciones más allá de donde ya nuestra intención.

«¿Qué hemos dicho nosotros contra los obispos?

Contra los obispos no hemos dicho nada; pero de los obispos hemos dicho algo. De los obispos hemos dicho, que el día que un ministro se atreviera con el presupuesto del clero, se acabarían los mensajes de adhesión a doña Cristina, las contemporizaciones que en nuestros días se vienen sosteniendo y las actitudes de respetuosa adhesión que en la actualidad se observan con exquisita escrupulosidad. Y todo esto es verdad.»

«Si esto es colaborar en la obra de Nakens y Blasco Ibáñez, colaboramos muy gustosos; pero con el mismo derecho que el anónimo remitidista nos dice eso, le diremos nosotros que, a nuestro juicio, los que colaboran en la obra funesta de los gobiernos liberales y de los revolucionarios Nakens y Blasco son los que, pudiendo y debiendo hablar, callan y comen; los que pudiendo hacer mucho, no hacen nada; los que pudiendo y debiendo consignar enérgicas protestas, se callan como muertos; los que pudiendo trabajar a favor de la política católica, se afanan por sostener la política liberal.

«Esos y no otros, esos son los verdaderos culpables, esos son los que colaboran a la obra liberal y revolucionaria.

Por lo demás, tenga la seguridad el remitidista, que entre un hipócrita que no tenga valor para confesar sus ideales, y un hombre franco, resuelto y decidido, que defienda sus ideas, buenas o malas, con noble altivez, preferimos al último.

«Se llama Nakens? ¿Se llama Blasco Ibáñez?

El nombre no importa. Esos hombres valen más, muchísimo más, que todos los hipócritas que se cubren con la capa de la religión.»

Estoy de acuerdo en todo con *El Centro*. ¿Qué me importa que sea carlista, si piensa como yo en esto de combatir a los hipócritas, que en política no tienen más partido, ni en religión más propósito, ni en moral más objeto que el de mantenerse siempre a flote?

A los carlistas les pasa con los obispos y curas que viven bien con la restauración, lo que a nosotros con los republicanos que fingen religiosidad por conveniencia; ellos son los que más nos revientan.

Los carlistas no pueden clara y francamente desenmascarar a los obispos, por ser el suyo un partido religioso; y los republicanos no podemos expulsar del nuestro a los farsantes con vistas a la Iglesia, por haber convenido en que la democracia debe respetar todas las creencias.

Y se da el caso de que éstos detienen a los republicanos y aquéllos a los carlistas, no por convicción honrada, sino por acomodamiento provechoso, desbaratando los planes mejor fraguados y enervando las fuerzas mejor dispuestas.

Y se da también este otro caso. A nosotros nos perdió el 73, el hacer caso de los correligionarios de dos caras, que llevaron la República por senderos de conservaduría exagerada; y a los carlistas los ha perdido en sus dos guerras, el carácter de ferocidad que les impulsaron los obispos, curas, frailes y beatos que con ellos guerreaban; unos y otros fueron a lo suyo, a hacer triunfar lo que les convenía; y así desacreditaron ambas causas, y la República pasó desde entonces por débil y el carlismo por sanginario. Y con razón.

«¿Habrá remedio para estos males? Si; acabar con los hipócritas. Pero ¡ay! son

tantos... Además, no sería político hacerlo antes del triunfo. Si la República viniese, ya procuraríamos reducirlos a la impotencia en la primera semana; y si fuera posible que viniese el carlismo, se vería obligado muy pronto a atar corto a obispos y curas privilegiados, porque se le impondrían si no.

En lo demás estamos de acuerdo. Yo también, entre el hombre que nada entre dos aguas y el que expone valientemente sus ideas, no vacilo jamás; estoy con éste, sobre todo desde que el encallamiento de los últimos veinticinco años ha dejado tan pocas energías en pie, tan pocos caracteres firmes, tan pocos hombres capaces de sacrificar su conveniencia en aras de su convicción.

Si todos estuviéramos en nuestro puesto y respondiésemos a lo que nos obligan las ideas que cada cual profesamos; si el carlista lo fuera siempre, lo mismo que el conservador, y el demócrata, y el republicano; si el católico estuviese a toda hora y en toda ocasión dentro de su creencia, y el libre pensador no promiscuase en la suya; si pudiera afirmarse que cada partido respondería en todo caso a su significación, y cada hombre a la idea que profesaba, ¡oh! entonces se haría una política honrada, fecunda en bienes para la patria; el combate sería rudo pero noble, y nunca se recibiría ataques de flanco. Y se sabría siempre dónde estaba el enemigo; y en último caso nos destruiríamos como hombres viriles, no como verduleras que se azotan en la plaza pública en medio de degradados que celebran la hazaña con ruñanesas carcajadas.

Pero, como en vez de esto, pocos estamos en nuestro sitio, y gran número semeja a las rameras en lo de venderse al mejor postor, y un número mayor aún se pone sobre su faz podrida la careta de la virtud, de aquí que estemos como estamos; impotentes para todo lo grande; aptos para todo lo pequeño.

Y lo peor es que no existe remedio para esto, como no sea en un gran cataclismo que lo derribe y confunda todo; pues cuando los pueblos se degradan tanto como hoy lo está el nuestro, solamente pueden salvarse por el hierro y por el fuego. Por esto me sonrió cuando oigo que vamos a ir hacia la regeneración por caminos trillados y fangosos.

José NAKENS

Milagro indiscutible

De un periodiquete de retrete que se publica en Orihuela, copio lo siguiente:

Cuando San Francisco Javier era llamado al auxilio de enfermos que estaban lejos, solía enviarles un rosario por medio de las mismas personas que le daban el recado, encargándoles que lo rezasen y lo pusiesen después al cuello del enfermo. «Así, les decía el santo, o recobrará la salud, o no morirá sin sacramentos.» Acacé, sin embargo, una vez, que al volver uno con el rosario a su casa, oyó grandes voces y gemidos. Era que el doliente había muerto. A pesar de todo, pusieron el rosario al cuello del cadáver, y ¡oh pámolo! en el mismo instante abrió el difunto los ojos, y con grande asombro y gozo de todos los presentes, recobró la vida y la salud.

Testifico de que todo eso es verdad. Lo presencié yo.

Y por cierto que me reí muchísimo al ver levantarse al muerto, y pedir en el acto un par de huevos fritos con patatas, poniéndose de paso a hacer guiños a una buena moza que estaba enfrente.

«¿Qué tiempos aquellos! Ya no volverán.

Esto es ya el colmo

La *Correspondencia de España*, re-sendiando la sesión del Congreso del 24 del actual, dijo:

«El señor Muro censura la conducta del gobierno en todo lo relacionado con el conflicto de Barcelona.

Su discurso, de tonos templados, es acogido en la Cámara con bastante frialdad. Los escaños quedan casi desiertos.»

Por fuertes que sean los ataques que haya recibido o reciba en su vida política el señor Muro, ninguno resultará tan feroz como ese. ¿Qué juicio podrá parecerle duro en adelante, al diputado republicano que ha visto a los monárquicos abandonar el salón de sesiones, por parecerles templados los tonos de un discurso suyo?

Comprenderíase que hubieran dejado vacíos sus asientos por no oír los cargos abrumadores, los apóstrofes sangrientos que contra el gobierno y contra el régimen lanzara el señor Muro; ¿pero por parecerles templado, fofo, incoloro lo que decía? Esto es abrumador, apabullante para ese diputado.

No es esta la vez primera que digo que hasta los mismos monárquicos están avergonzados de la conducta de los hombres que entre nosotros pasan por importantes; mas si no lo hubiera dicho, lo diría ahora.

Si quisieran tener enfrente hombres de arranques, de virilidad, (por lo mismo que ellos no han tenido ni la una ni los otros), que les diesen pretexto para hacer alardes de su amor a la monarquía y defender con palabras gordas sus acciones débiles. Pero, nada; los republicanos, (salvo alguna excepción en determinado asunto), pecan de sensatos, de prudentes, de mandrias... Y claro, los monárquicos hacen la procesión del niño perdido el día que habla un republicano y *aínda mais revolucionario*, como el señor Muro, en *tonos templados*.

«Tonos templados», después de las pérdidas sufridas, de la situación económica del país, del malestar de todas las clases sociales! ¿Para cuándo guardará el señor Muro los tonos enérgicos?

De todas las desdichas que España sufre, ninguna tan grande como la de no tener el partido republicano hombres dispuestos a arrostrarlo todo por salvarla. ¡Y si fuera yo solo quien lo dijese! Pero ¡ay!, lo dicen todos, lo mismo reaccionarios que liberales.

Francamente, para hacer lo que hacen, valiera más que los republicanos que solicitaron votos para venir al Congreso, hubieran permanecido en sus casas. Ellos no hubieran perdido nada, y el partido habría ganado mucho.

BUENOS SÍNTOMAS

Lo ocurrido en Madrid entre la Empresa general de Tranvías y sus obreros, ha puesto una vez más de relieve la eterna cuestión, tan debatida, de la preponderancia irritante del capital sobre el trabajo.

No haremos con este motivo un artículo de doctrina socialista. Sólo haremos constar que lo que las grandes empresas industriales hacen con los obreros es un crimen de lesa humanidad.

Las grandes compañías que se forman con una base X de capital para explotar una industria, haciéndola producir altos intereses a repartir en pingües y saneados dividendos entre los asociados, deben tener en cuenta que esas utilidades en su mayor parte representan mucho trabajo, muchas amarguras de las clases obreras y trabajadoras, que no tienen más patrimonio que sus brazos, ni más renta presente que el jornal con que se las retribuye, ni más porvenir que el hospital en sus enfermedades y la miseria en la vejez, mientras que los accionistas tienen su presente y su futuro asegurado con las ganancias que logran.

Justo es que el obrero preste el concurso de su inteligencia, de su habilidad y de su fuerza a la empresa o al patrón que lo tome a su servicio; pero para exigirle esto es preciso que el trabajo, por lo que se refiere a tiempo y cantidad, sea proporcionado a lo que lícitamente pueda pedirse a un hombre sin menoscabo de su salud, y que el salario sea remunerador con arreglo a las exigencias de la vida en la localidad.

Lo contrario a esto es una explotación inicua contra la cual claman todas las conciencias rectas, y una falta completa de todo principio de equidad.

Sucede en este caso lo que es lógico y natural. Los obreros, cansados de prestar un servicio penoso y excesivo en extremo por un jornal exiguo, insuficiente para cubrir las atenciones de la vida en una localidad como Madrid donde la existencia es cara, se niegan a seguir trabajando.

Solicitan una disminución del trabajo y un aumento de salario equitativos. Las empresas, que obtienen grandes utilidades, no se dignan atender tan justas reclamaciones.

Esto hicieron las de los Tranvías, provocando la huelga de sus obreros. Esta fue pacífica, correcta, unánime, como pocas de esta clase se han visto; contó con las simpatías de todo el mundo que reconoció la justicia y la razón de sus pretensiones.

Las empresas, fiadas en su poder, en los fondos cuantiosos de sus bien provistas arcas, no transigieron; suspendieron el servicio con graves molestias y perjuicios al público, y las autoridades se cruzaron de brazos, como si no existieran leyes ni reglamentos que aplicaran a las compañías concesionarias de servicios públicos cuando faltan a los compromisos adquiridos.

Toda la gestión oficial en estos casos se reduce a aconsejar, cuando no a obligar a los obreros declarados en huelga, a que depongan su actitud; es decir, que sigan dejándose explotar en las condiciones que el egoísmo y la sordidez del capital quiera imponerles.

Contra éste, contra el omnipotente dinero, nada. Ni el Ministro, ni el Gobernador, ni el Alcalde se atreven a obligar a las grandes empresas a que transijan con las justas pretensiones de los obreros.

Las poderosas empresas fabriles e industriales cuentan con que los huelguistas, faltos de medios y de elementos de resistencia, tendrán que sucumbir por hambre y pasar

por todo; y tienen además en apoyo de sus intransigencias la pasividad y la tolerancia injustificada de las autoridades.

Pero el público todo y la opinión en general, se ponen hoy siempre de parte de los obreros, y les hacen triunfar como ahora ha sucedido.

Esto es un buen síntoma, que acusa que ya no se miran con indiferencia ciertas cosas. Las clases sociales tienden a irse desprendiendo de esa pusilanimidad gazmoña que las hacía estremecerse de horror por el robo de unas gallinas o un crimen pasional, para preocuparse de otros problemas más transcendentes y hondos donde se encubren crímenes sociales impunes por estar perpetrados en colectividad y al amparo de leyes y costumbres inhumanas.

Los únicos que no se preocupan de nada, ni solucionan ningún problema de orden social o económico, son estos gobiernos, atentos sólo a las mezquindades y farsas de su política conservadora, que en su cobardía todo lo ven sedicioso y subversivo, sin comprender que el régimen político y social que los sustenta se tambalea bajo sus pies, amenazando ruinas de las que, por ley de humanidad y de progreso, surgirán las reivindicaciones necesarias al imperio de la equidad, de la razón y del derecho que tanto tiempo han tenido conculcados.

José CINTORA

SECCION ADORADORA NOCTURNA DE VIGO

CÉDULA DE CITACIÓN

Turno segundo.

Sr. D....

Mi querido consocio: Jesucristo Sacramentado le espera para recibirle en audiencia de amor, la noche del 16 al 17 de Septiembre en la capilla de los P. P. Salesianos a las nueve y media en punto. Si no pudiese V. asistir, sírvase enviar lo antes posible la hoja de intenciones y limosna, a su afectísimo herm. en Xto.

¡VIVA JESÚS!

HOJA DE INTENCIONES

Dios nuestro Señor no necesita de memoriales escritos para despachar nuestras súplicas; pero nuestra memoria flaca ha menester de nombres que recuerden las necesidades por las que debe pedir: este es el objeto de la «Hoja de intenciones». Al final de cada renglón de ella conviene anotar en guarismo la suma de intenciones que se recomiendan a Jesús Sacramentado; esto mismo es ya una oración; mas para darle mayor virtud y eficacia de intención, bueno será decir, antes de hacer las anotaciones, la siguiente

JACULATORIA

«Jesús mío! Sugéridnos Vos mismo las peticiones que deseáis despacharnos favorablemente, y que el Espíritu Santo ore por nosotros con gemidos inenarrables. Amén.

De esta manera groserísima y vulgar saca el clericalismo los cuartos a los imbéciles.

Aunque cometido sirviéndose del cartucho de perdigones la religión ¿no es éste timo de los que deberían perseguirse de oficio?

Aquí de los jurisconsultos que no sean lacayos de Roma.

POR SI ACASO

Leo en un apreciable y novel colega republicano:

«Todo el mundo lo sabe: el dignísimo diputado por Valladolid, es la más legítima y genuina representación del honor castellano que sellaron con sangre generosa después de la funesta rota de Villalar, Bravo, Maldonado y Padilla; es el hombre de conciencia justa y severa; es el maestro sabio y cariñoso; es el político de honradez intachable, inmaculada, de talento superior, cien veces superior a su propio deseo; es una voluntad firme como el diamante; es un corazón noble y grande como su voluntad, y abierto como ninguno al amor patrio; es una inteligencia sublime y poderosa; y es, en fin, una de las más legítimas esperanzas de la Patria y de la República. Todos le quieren, todos le respetan, y su palabra elocuente y arrebatadora, razonada y punzante, rompe las dudas, ilumina los cerebros y desconcierta al enemigo.

Parece hasta imposible que España sufra los desdenes y el desprecio del mundo, teniendo hijos tan preclaros como el ilustre presidente del Directorio de fusión republicana.»

Por si mis lectores no han caído en la cuenta, les diré que al señor Muro alude el autor de esos párrafos. Y confieso humildemente que yo no hubiese caído tampoco en ella, a no ser porque el nombre del diputado por Valladolid los encabezaba.

Como en otro lugar de este número censuro un acto suyo con relativa dureza, creo de justicia insertar ese juicio que tan favorable le es, si bien debo consignar que no tenía ni la idea más remota de que hubiera entre nosotros un hombre de tan excepcionales condiciones.

Maldigo mi torpeza, que me ha impedido adivinar que varón tan completo poseíamos; pues si llegó a saberlo, no habría perdido el tiempo en predicar y defender coaliciones, uniones y fusiones, que han resultado huera en la práctica, sino que le hubiese dicho al partido republicano: «¿No buscabas un hombre? Aquí lo tienes.» Y me habría

puesto a sus órdenes, y lo habría defendido contra viento y marea.

Aun cuando no hubiera sido preciso. ¿Quién habría osado atacar al hombre extraordinario que esos párrafos nos han dado a conocer, y que, por modestia sin duda, o por no anular a todos, se ha ocultado tan cuidadosamente, dando así ocasión a que se le tuviese por uno de tantos, y no de los más conspicuos?

Pero, en fin, lo hecho hecho está; sin creer por esto que yo deba pedir perdón por no haber visto lo que nadie hasta hoy vió tampoco.

Pruebe con actos públicos el Sr. Muro que es tal cual nos lo presentan ahora sin protesta alguna por su parte, y no tendrá quien le apoye y defienda con más desinterés y empeño que yo.

Pero si continúa, como hasta aquí, haciéndose pasar por hombre de cualidades al alcance de todo el que vale algo, obligando a que deserten de sus bancos los diputados monárquicos por no escuchar sus discursos sin calor y sin enjundia, tenga por seguro que ni yo, ni ningún republicano creerá que es hombre predestinado a hacer nada grande en este país. Llenará un hueco, como el 73, pero nada más.

Nada más.

«¿Que por qué hablo así del señor Muro, no habiendo sido él autor de los párrafos copiados? Por si tras de esos párrafos pretende asomar hoy o mañana la cabeza una nueva agrupacioncita.

El gobernador de Salamanca, ayuda de Cámara (obispo) ha impuesto a *El Combate* 125 pesetas de multa por haberse retrasado un día en llenar un insignificante requisito de la ley de policía de imprenta.

«¿Qué chiquitines son casi todos los que sancionan por esas provinciales!

Aunque se explica. Habían nacido para monaguillos (sacristán el que más) y se encuentran por gobernadores a las inmediatas órdenes de obispos y caciques...

¡Y qué han de hacer los pobres!

EL FALSO UNAMUNO

Ó EN «EL PUEBLO» NO SE ENGAÑA A NADIE Ó EL NEGRO CATEDRÁTICO DE SALAMANCA

Sr. Director de *El Pueblo*.

He leído lo que alguno de los redactores de *El Pueblo* piensa en favor del señor Unamuno. Siento muchísimo no participar de la opinión susodicha.

Empiezo por confesar que la literatura del señor Unamuno me parece antipática y dicho señor un mal escritor. (Que no les parece a ustedes bien? Lo siento.)

Pidoles únicamente que acojan en sus columnas este artículo. Conozco las artimañas de que se ha valido muchas veces dicho señor, y su conducta para con ustedes, que se portaron noblemente con él, me parece mil y mil veces censurable.

¿Tenía el señor Unamuno más que dirigirse a ustedes, a sus amigos, y reclamar una rectificación amistosa? ¿A qué viene el escándalo que ha movido?

Los hechos, según se me ha referido, son estos. El señor don Miguel de Unamuno fué invitado por la redacción de *El Pueblo* a colaborar en dicho periódico una vez al mes, y no más, é invitado por un exceso de consideración a que no se hacia acreedor dicho señor Unamuno ni por su consecuencia política, rosa de los vientos y veleta incansable, ni por su arriscado, pedantesco y cascaheco estilo.

En el deseo que ustedes tenían de presentar al público las manifestaciones todas del pensamiento español, quisieron ofrecerle muestras aún de las más extravagantes, dislocadas y acrobáticas, a modo de intermedio ó entremés que amenizara las solemnes piezas de concierto instrumentadas por nuestros primeros escritores. Un incidente cómico para *El Pueblo* y para el público, trágico para el señor Unamuno, que tiene la particularidad de reírse cuando los demás lloran y de llorar cuando los otros ríen (porque esto es, sin duda, muy snob, smart, muy Federico Nietzsche, Amiel, etc.) ha venido a privarnos del anunciado intermedio literario y a descargar a *El Pueblo* de las toneladas de prosa conque voluntariamente quiso cargarse. Porque cuando se echa a la mar un navio, preciso es llevar todo en él, desde lo velero y útil para la navegación, hasta la obra muerta y los morcones.

Tomándolo demasiado en serio, hay que confesarlo. Explicaron ustedes ayer cariñosamente al señor Unamuno las razones que motivaron el desdén. Pero veo con pena, con indignación, que el catedrático de griego de la Universidad de Salamanca, hombre tan verdaderamente heleno que habla y escribe en griego para la mayoría de las gentes, continúa recorriendo las redacciones de periódicos, gritando a grito pelado como si le amenazaran cuadrillas de ladrones y asesinos, ó legiones de serpientes y cocodrilos dispuestas a devorarlo. El señor Unamuno debe imitar al Diego Marsilla de *Los amantes de Teruel* de Hartzembusch, cuando atado a un árbol por varios acreditados ladrones de aquella época, gritó:

Infames bandoleros que me habéis a traición acometido, venid y ensangrentad vuestros aceros; la muerte ya por compasión os pido.

¿Qué espanto! dirán los lectores de España entera y sus Indias. ¿Pero ha visto usted lo que le ha sucedido al pobre Unamuno? Y esa justicia ¿qué hace?

Me río yo de Troppman, el asesino de seis hombres con sus correspondientes mujeres; de Prancini y de Prado; de los extirpadores de lóteros en el barrio de Wittepal; de Jack el destripador; de la mujer comida por arañas, y del Panamá, del

falso Arlón, del hombre de la Careta de hierro y de esa terrible herida *Correpi*, cantada por los ciegos en Salamanca y fuera de Salamanca. Al lado de los falsos Unamunos, son una miga de pan los billetes de Banco falsos, el alcohol alemán, el famoso chocolate falsificado de Villabona, las Falsas Decretales, el falso Nicodemo y hasta un perro chico empujando que llevo en el bolsillo hace días sin poderlo pasar.

No puedo suponer que el señor Unamuno se aproveche de las circunstancias para exhibirse en las redacciones. Está eso bien en los Pérezes ó Gómezes que van todas las noches a los periódicos para protestar de no ser ellos autores del crimen célebre ó del robo del día. Lo verosímil es que Unamuno (ojo, cajistas) se supone mucho más importante de lo que en realidad es y cree a España entera interesada en sus extravijs, ridiculeces y majaderías.

Una muna busca una postura extravagante y original hace tiempo, sin poder conseguirla. A modo de esas serpientes que repletas de carne no saben cómo tumbarse para dormir y se pasan la vida dando vueltas a sí mismas, el señor Unamuno, empachado de autores, libros, tomos, folios, extranjerías, españolerías, pucheríos, potes, cocidos y ellas podrías literarias, no se ha enterado aún de que su ciencia y su estilo son absolutamente impersonales cuanto más personales quieren ser, y forman una capa de gitano recocida por todos los sastrés que remiendan sayos en las librerías alemanas y francesas.

No se preocupe, pues, tanto el señor Unamuno. Hombre de algún más valer literario que él, puesto en caso de falsificación muy semejante, escribió una deliciosa carta humorística en que alababa el genio de su imitador. Quien esto hacía era un tal Zola.

Aureliano Scholl, víctima de un timo igual, invitó a comer a su ladrón y confesó luego que la imitación era superior al original. Alejandro Dumas (padre), coloso de ingenio y de mundología, abrazaba a sus falsificadores y daba consejos para que le imitaran mejor. Esto hacían y hacen esos pobreillos escritores.

¡Pero Unamuno! ¡Oh el sabio de Salamanca, el hombre de las extravagancias, el genio cuya estatua sustituirá a la de Fray Luis de León en la ciudad del Tormes, ese no puede consentir que las generaciones venideras atribuyan a un plebeyo vulgar frases ni conceptos propios de inmortales atiborjados del genio! ¡Ni una pluma del Águila del Corro de la Hierta de Salamanca sirva para adornar al desnudo gorrión de Valencia!

¡Ah! quisiera rein sino me acordara de la intención que pudieran llevar esos reclamos del Garu del salmantino. Conozco de sobra su historia, sus tropiezos, sus saltos, sus trampolines, piruetas de saltimbanqui, sus minúsculas y pavanas con el jesuitismo y el anarquismo, con la libertad y la reacción, con el regionalismo y el unitarismo, con Dios y con el diablo. El señor Unamuno encabeza sus cartas con una cruz. No la recoja ya en verdad para crucificarle.

Y basta ya de esa siniestra farsa del señor Unamuno. Quédate en Salamanca y estudie muy en serio aquello de *Quod natura non dat Salamanca non prestat*. Admiren sus genialidades sus discípulos; nosotros, los valencianos, tenemos sobrados hombres de talla que admirar para dedicarnos a... Unamunos.

Lealmente confesó *El Pueblo* ayer su equivocación; pero no es cosa de servir de pretexto a un atavismo de renombre y de gloria para que desahogado y tenga lástima a *El Pueblo*. El señor Unamuno conoce de sobra a sus redactores y le consta su caballerosidad, y a ellos podía haberse dirigido. Si quiere dar gusto a los jesuitas, busque otro pretexto.

Sirva esto también de respuesta a los muchos suscriptores de *El Pueblo* que supusieron si los artículos del señor Unamuno serían la confirmación del fin del mundo, anunciada por un sabio del género unamunescos.

El señor Unamuno, con sus cartas, ha facilitado el medio de evitar la catástrofe que nos amenazaba. Yo pido que no colabore en *El Pueblo*. Siento mucho que le hayan pedido un artículo al mes y ofrecido por él los primeros 500 perros chicos que ganara en su vida.

Para los días de lluvia tienen ustedes muchos Unamunos en canuto. Todos los españoles dedicados a descifrar charadas, a dibujar saltos de caballo, pueden dedicarse a esa prosa. ¡Conque ya lo sabéis, porteros y porteros! Tan verdad es esto, que un amigo de Unamuno me decía esta mañana: —Los dos artículos mejores que ha escrito en su vida, son los dos falsificados; sobre todo el primero.

PIF PAF PUF

(El Pueblo, de Valencia).

Por fin, y cuando ya había podido leer la excitación que le hice en el número anterior, habló el diputado Marengo en el Congreso.

No dijo todo lo que de él se esperaba, pero algo dijo. Aplaudámosle por ello, y aguardemos a ver si algún día dice lo que el sábado calló.

¡HORRIBLE!

Bajo ese título publica *La Bomba* de Málaga un relato que efectivamente lo es.

«En la calle de San José, dice, está agonizando de hambre un niño. Desde el día 7 de Agosto que se hizo cargo de él la nodriza, hasta la fecha, no ha conseguido cobrar un céntimo.

¡Qué vergüenza para las personas a quien alcanza la responsabilidad de este crimen! Si esto es un crimen, pues si unos matan a puñaladas, otros matan de hambre!

Y no es solamente el niño quien se muere; también la nodriza y la madre del niño perecen de necesidad.

Es horrible el relato que hacen estas dos pobres mujeres de su triste situación. La madre se refugia desesperadamente, viéndose que aquel pedazo de su corazón se muere por falta de alimento y sin poder auxiliarse por ser gemelo y carecer de la savia precisa para la otra criaturita.

La nodriza, anegada en llanto y como la madre del angelito, en la última necesidad, no tiene casi fuerzas para exponer los hechos; en extremo desolada y presa de terrible congoja, pudo decirnos que al suplicar a don José le facilitase algún socorro, éste le arrojó del establecimiento y con palabras soeces...

¿Para qué seguir? ¡Dos mujeres y un niño

que se mueren de necesidad porque la Diputación no les paga el misero sueldo que les tiene asignado, y un presidente de la Diputación que cobra diez y ocho mil duros por Beneficencia!

Si supiéramos a quién llamar asesino, no nos cansaríamos de repetirlo.

Veremos lo que hacen las autoridades. Y si hay quien dude de esta monstruosidad, que pregunte en calle Segura, número 8.

Ahora que se tiene entre manos la reforma del Código Penal ¿no convendría que figurase entre los delitos (mejor sería entre los crímenes) el de ser diputado provincial, ó pretender serlo?

Porque eso que denuncia *La Bomba* de Málaga, morirse de hambre los niños a cargo de las diputaciones, es achaque común a todas.

¡Qué farsa más indigna la que se viene representando con la caridad oficial ó la religiosa! Sólo sirve para que vivan bien los que en la farsa intervienen.

Los clericales de Málaga y de otros puntos, han inventado una porción de calumnias contra la propagandista del librepensamiento doña Belén Sárraga, sin duda con el piadoso objeto de ver si logran que el público llegue a formar de ella el mal concepto que tiene de ellos.

Trabajo inútil. No basta la voluntad para ponerse a cierta altura en la infamia.

Majadería episcopal

El de Tortosa *episcopus*, ha largado una pastorela en que dice cosas de este calibre: «Que la plaga de la filoxera ha venido por la justa cólera del cielo movida por el periodismo liberal y masónico, verdadera filoxera de las almas que seca la raíz y el fruto de sus buenas obras, y el cinismo y descoco de las sectas en calumnia y deprimir los prestigios de las órdenes religiosas.»

Con permiso, ó sin permiso de ese del báculo, he de decir lo siguiente:

Que maldito lo que resplandece en ese acto la justicia de Dios.

Primero: porque antes de haber periodismo había el inventado la filoxera y permitido que destruyera muchas viñas de buenos creyentes.

Segundo: porque hoy mismo son de creyentes verdaderos las viñas que el insecto estropea, a causa de que los impios no las tenemos.

Y tercero: porque si realmente Dios existe, y puede sentir cólera, y el periodismo se la provoca, no tenía que andar con rodeos y valerse de la filoxera para castigarlo; que podía acabar con los periodistas, por un arranque de su voluntad soberana.

Y después de oír esto, convenga ese obispo en que ha dicho una soberbia tontería.

Casinos de Luises

Yo soy de los que creen, porque tengo fe en muchas cosas humanas todavía, que todo eso de la ola místico-reaccionaria que nos invade, del jesuitismo en auge, de «la Iglesia que se nos come», etc., etc., es un estado meramente transitorio y efímero, y que por muchos y muy grandes que sean los esfuerzos que haga la gente negra de sotana ó levita, no conseguirá otra cosa que manifestar su definitiva impotencia.

No sé (nada de profecías) cómo terminará todo esto: si a la buena de Dios ó a linternas. Probable, mucho más probable me parece lo segundo que lo primero. Mas no importa; sé que terminará, y es bastante.

Pero mientras tanto, es curioso observar el fenómeno en sus detalles; estudiar los medios de que se vale el jesuitismo para realizar su obra de dominación y de acaparamiento de las conciencias... y de lo otro, de lo que es algo más tangible... y contable.

Sabido es que a la juventud, a cierta parte de la juventud, ilusa y aprovechada al mismo tiempo, se dirigen los jesuitas y sus congéneres, ó más bien instrumentos, en su tarea conquistadora, pensando, no sin lógica, que una vez atraída aquella, ganada aquella, suyo es el porvenir.

De ahí sus pújos educadores y las innumerables escuelas, colegios y universidades que abren a cada paso. De ahí su intervención en los mismos centros docentes del Estado, por medio de profesores que ellos, los propios jesuitas, «construyen» formando esto de la provisión de cátedras jesuitas, como la provisión de otra clase de empleos y prebendas, una añagaza ó cimbel para esa juventud aprovechada y muy caca que ve en esas corrientes, sin importarle ni un ardite dogmas ni creencias, solución pronta y fácil al durísimo problema de la vida. ¡Il faut vivre! Este parece ser el lema de esos jóvenes de inteligencia enteca y de corazón seco.

Pero hay más. Hay que los jesuitas proporcionan también matrimonios pingües, y reclutan de entre las filas de sus *Luises* y de sus *milicias angélicas*, arvisados mozos para enlazarlos con ricas herederas... ¡Oh, es tentador, y algunas veces le dan a uno ganas de dejarse de zarandajas libertarias y marcharse a reconciliar hipócritamente con uno de esos padres (sin hijos... conocidos) que tales ventajas del género epicúreo proporcionan en esta existencia miserable.

Quedamos, pues, en que a la juventud se dirigen los jesuitas por todos caminos y atajos...

Uno de estos últimos es la novísima creación de los *Casinos de Luises*. ¡Habrás visto sabiduría mayor! ¡Bien dicen que son listos!... Lo malo es que se pasan, y que al fin será el roir...

Pero no nos adelantemos, ni adelantemos los sucesos.

Pues, si señor, *Casinos de Luises*, centros de recreo, de honesto esparcimiento donde se reúnen los congregantes del santito de Gonzaga, huyendo de imitaciones perniciosas.

Los jesuitas vieron que por ese lado, por el de los *Casinos*, se les marchaban ó podían marcharse los muchachos; observaron que después de una procesioncita, ó de un trisagio, ó de uno cualquiera de esos ejercicios embrutecedores que usan los ignacianos, el cuerpo le pedía a los chicos un café con gotas para despejar el adormido cerebro, ó unas carambolas para desentumecer los miembros, ó una partida de más ó de tressillo, ó un ratito, en fin, de chachara profana y algún tanto pecaminosa...

Y dijeron ó debieron decir: «¡Tate! ¡Y por qué no hemos de darles nosotros también a nuestros *Luises* sus casinitos! Justo es que la juventud se divierta y expanda... con tal que oiga misa, recen el rosario, asista a las cuarenta horas... y odie el liberalismo. ¡Trávesalo!»

Y transigieron, y crearon los susodichos *Casinos*, no olvidándose, es claro, de colocar en la fachada de aquellos nuevos templos místico-mundanos la provocadora y ridícula placa.

Cierto que resulta una competencia brutal para industriales laboriosos que pagan honradamente su matrícula... Pero que se amueblen y se hagan jesuitas de traje corto si quieren gozar del beneficio de la vida. Ya lo hacen algunos, ya lo hacen, y ¡tan gnapos!

Lo principal es que ya tienen sus *Casinos* los *Luises*, establecidos, al menos el de la población en que yo vivo, en viejos caserones por cuyas salas lóbregas circulan esos jóvenes góticos, de escarolado cabello y flameas maneras, y en cuya penumbra se distingue siempre, con el manto alroscado recogido, el dulzón páter.

—Ernesto, veo con gusto que va usted adelantando mucho en las carambolas...

—Pero no me falte usted a misa mañana...

—Fernando, de aquella mesa le llaman a usted para hacer el cuarto... (Ora pro nobis sancta Dei genitrix.)

—Quiero a la chica... pero no tengo pares...

Estas frases, tomadas casi del natural, revelan bien el carácter de esos centros y el carácter de la mundología jesuitica, que principia por abominar de todo y conculpa por transigir con todo, falseándolo, es claro, deformándolo y manchándolo con su baba asquerosa.

¿Me permiten ustedes ahora, para concluir, y a pesar de mi protesta de antes, una pequeña profecía?

¡Y yo que tengo el presentimiento de que la mayor parte de esos imberbes y engatusados jovencuelos de hoy, serán, andando el tiempo, no macho tiempo, revolucionarios furibundos de mañana!

Victor Hugo conocía bien la madera, y creó a *Cimourdin*.

Siempre se ha dicho: «no hay peor enaña...»

Que críen, pues, que críen cuervecitos.

JUAN NUEVO

Los concejales republicanos de Logroño continúan tan católicos, tan apostólicos y tan... tan... romanos. (¡Qué trabajo me ha costado impedir que mi pluma estampase, en vez de romanos, el nombre de los animalitos de que abomina el pueblo de Israel y que ahora se ven colgados por esas carnicerías!)

Ultimamente han votado porque se concedan 80 pesetas para no sé qué función religiosa.

¡Caraduras disfrazados! Mereceis que se os desprecie.

LAS BESTIAS FEROCES

No son las que en el combate destruyen a sus enemigos; no son tampoco las que, buscando saciedad para sus apetitos, pasan por encima de los obstáculos que a su paso se anteponen. Las bestias feroces son las que gozan en la destrucción, destruyen y hieren por placer y se embriagan con el hedor de la sangre.

Los prelados de la Iglesia católica, que satisfacen todas sus ambiciones, rodeados de un lajo y un boato maldito, eso sí, por Jesucristo, pero muy en consonancia con los instintos de la naturaleza, viéndose a su alrededor muchedumbres estúpidas que ofrecen de continuo oro, incienso y mirra, pudieran como nadie dedicarse a derramar el bien por todas partes, tienen siempre a su disposición, a su misma vista diez ó doce sacerdotes, a los que unas veces sujetan a los horros degradantes del hambre, otras al fuego espantoso de la deshonra, gozando voluptuosamente en ver cómo se retuercen en los espasmos y convulsiones de la desesperación.

No hay diócesis sin este recreo para el obispo, al que no basta dormir entre sábanas de holanda y sobre tibia pluma, sino sabe que, a aquella misma hora, unas cuantas víctimas suyas tiran de tria sobre los ladrillos de una guardilla; no basta cubrirse de seda cruzante y aparatoso, sino ve por la calle a sus persignados mal envueltos en los pardos harapos de un manto; no basta saborear los más suculentos manjares en amplio comedor servidos, sino le consta que aquel día unos cuantos subordinados suyos sienten las angustias desconsoladoras del hambre.

¡El hambre! Es el arma más usada por los anticristianos prelados de nuestros tiempos. En la sociedad civil se condena a presidio, a prisión correccional, a la horca, nunca al hambre. En la sociedad eclesiástica, en la que tiene por lema

«amaos los unos a los otros» hace tiempo que la sentencia usual es esta: «muérase de hambre.

La manera de ponerla en práctica es muy sencilla. Se cuenta de antemano con los sacerdotes no sirven absolutamente para nada que no sean los ministerios sagrados. Son ignoratistas, arrianos, atrasados hasta un punto inverosímil, electos de la educación, llamados así, del seminario.

Se cuenta también con las preocupaciones estúpido-clásico-españolas, que hacen creer que un cura es realmente un ser de distinta naturaleza que los demás; tiénese la confianza, fundada por cierto, de que tribunales, autoridades y personajes no son más que lacayos de los magnates clericales.

Con estos elementos hay más que suficiente para aplastar y triturar sin piedad—la piedad no viste sotana—a cualquier infeliz a quien se haya designado para servir de sport sangriento al que, para mayor escarnio, se llama su padre, su pastor y su defensa.

Viene la suspensión *ex informata conscientia* que, traducido al castellano, quiere decir: «porque me da la gana». El sacerdote se queda en el momento sin carrera, sin oficio, sin beneficio, sin renta, sin amigos, sin consideraciones sociales, sin medios algunos de vida.

Empieza un drama terrible en la casa del perseguido. Los muebles, las ropas, los hábitos talares van poco a poco trasladándose a la casa de préstamos. Luego el hambre con sus humillaciones, con sus sonrojos, con sus inenarrables tristezas. El hambre, que doma las altiveces más gallardas y los caracteres más fuertes, hace que el infeliz lleve su desesperación a vista de sus verdugos.

Ya constituye el sport deseado. Con la muerte en el rostro, con los harapos sobre el cuerpo, con la rabia impotente en el alma, sufre las groserías del portero del palacio episcopal; cuando logra subir la alfombrada escalera; arriba encuentra algún niño alivo, paje de su Excelencia, que contesta con frases picantes y despreciativas. A veces se abre una mampara de damasco, se oye rugir de seda, se ve relucir brillantes, y una voz dura, como de un instrumento de piedra, grita: «¡Echad de aquí a ese criminal!»

El así arrojado como un perro, baja la escalera de casa de su padre percibiendo las emanaciones suculentas del almuerzo que se prepara en aquellos momentos.

Sale a la calle ebrio de dolor y de rabia; cruza unas cuantas calles; siente escalofríos, ardores de fiebre; su vista se nubla; faltanle las fuerzas y cae rendido sobre los escalones de un pórtico. Es una iglesia en la que el predicador de moda grita desde el púlpito: «El buen pastor deja las ovejas y no ve ovejas para ir en busca de la descarriada.»

Las gentes rodean al enfermo. Es un sacerdote desmayado. ¿Qué dice entre dientes?

¡Son anticristianos; no tienen piedad; son bestias feroces!

GIL BLAS DE SANTALLANA

Datos aplastantes

Los que tanto hablan de la regeneración de España, lean las siguientes cifras:

De los 18 millones de habitantes con que hoy cuenta, la mitad no tienen ocupación.

Según el censo, han declarado que carecen de oficio y profesión 8.726.519. De estos son mujeres 6.764.406. Los restantes son hombres, ó sean 1.964.113.

El censo agrícola es el mayor; se compone de 4.033.301 hombres.

El número de mujeres que trabajan en el campo es de 828.541.

El censo industrial resulta insignificante comparado con el agrícola. En cambio, el número de burocratas resulta extraordinario.

Hay empleados en la Administración pública 97.257.

Los pensionistas son 64.000.

Los maestros y profesores de enseñanza, 24.624.

Las maestras y profesoras ascienden a 14.910.

Los alumnos del género masculino, son 1.009.810.

Los del género femenino, 79.110.

Ejercen la medicina 30.477 hombres. Mujeres, 78.

El número de escritores es de 1.171. El de escritoras, 32.

El de actores y actrices ascienden a 3.497.

El número de sirvientes de ambos sexos es de 323.003.

Los mendigos de profesión, en hombres, 30.279. En mujeres, 51.948.

El número de curas y frailes, incluso las dignidades, es de 45.328. El de monjas se eleva a 28.549.

Los españoles que no saben leer y escribir, 3.417.855. Mujeres, 2.686.615.

Total de españoles que no saben leer y escribir: 6.104.470.

Hasta aquí las cifras.

Que 6.764.406 mujeres no tengan profesión u oficio, no lo vemos tan mal; si se ocupan en cuidar su casa y familia, ¡qué profesión más honrosa! Ya es doloroso que trabajen en el campo nada menos que 828.541 mujeres en vez de otros tantos gandules que, como los que abundan en las Provincias Vascaas y en Santander, las están viendo trabajar, mientras arrimados a la pared ó en la taberna, fuman sus *pipadas* como unos caballeros. Tampoco figurarán en ese número de desdichadas, que debiera sonrojarnos, las cargadoras de puerto, aguadoras y otras pobres mujeres que hacen rudos oficios masculinos mientras hay millones de hombres trus un mostrador.

No van incluidos entre los felices mortales sin oficio y con el beneficio de la gandanga, los 30.279 mendigos hombres y las 51.948 mujeres que piden limosna, ¡82.227 pordioseros! sin contar, por supuesto, a los frailes, monjas, parte de los curas, señoras de las juntas y otros mendigos a la alta escuela.

Es, sí, de curas, frailes, monjas y beatas estamos como nadie: 113.877. Son bastantes más, pero aunque sólo hubiese éstos, contaríamos que cada uno nos cueste 10 reales diarios, y es lo menos que se puede calcular, bueno con malo, consumen al día 1.138.770 y al año 415.051.050 reales ó 6 (para que no se asuste alguien con cifra tan larga) 103.912.762 pesetas con 50 céntimos, y este sí que es el verdadero presupuesto eclesiástico, pero no todo lo que gastamos en Iglesia, porque no se mete la Nunciatura, Obra Pia, donativos

al Papa, bulas de todas clases, dispensas y otros renglones.

Con tan pocos trabajadores y maestros, tantos mendigos y tal gasto en la Iglesia no ha de ser España la hija predilecta del vaticano? Así la trata el a punta de zapatilla.

Hay en Alcira un almacenista de naranjas, Bernabé Peris, que obliga a sus operarios a ponerse la chapa del Sagrado Corazón (no sé en qué parte), y todos los días, a las cuatro de la madrugada, cuando están descansando de los rudos trabajos del día anterior, se presenta en su dormitorio y a la fuerza los hace levantarse para que oigan misa.

Pues señor, a este paso, muy pronto no va a ser posible a ningún español, ni aun repetir con Job: *concebido ha sido un hombre, sin haber antes oído una misa ó rezado una parte de rosario.*

La que se va a armar aquí el día que los vejados, los oprimidos y los explotados digan: *¡llegó la nuestra! Se me hace la boca agua sólo de pensarlo.*

Modelo de párrocos

Lo es el de San Ginés de esta villa y Correo, según el colega que dice esto:

«Es un hombre tosco y de baja estofa, que más parece un arriero que un párroco. ¡y de Madrid! que predica herejías y obscenidades con tan mala pata, que nos vemos obligados a salir del templo en cuanto asalta el púlpito; que está fuera de su feligresía más de la mitad del año, y ni visita enfermos, ni socorre a pobres, ni hace los funerales gratuitos que prescribe el arancel en sufragio de los fallecidos indigentes, ni recibe bien a quien viste mal, ni sirve más que para irse de caza y hacer la tertulia a ciertas señoras.

Desde que el párroco actual rige esa iglesia, el palio no se ha usado, sin duda para que se fuera olvidando su existencia. Hoy... ¡dónde dirán ustedes que está el palio, según nos comunican feligreses de San Ginés? ¡Dónde? En el Monte de Piedad empeñado por dos mil pesetas; claro es, que previo consentimiento del cura, de ese cura que tan fatigoso apareció cuando aquel cofrade, Carrasco, de la Corte de María, vendió aquellos tapices, que tanto ruido hicieron, en mil duros.»

No resulta realmente un modelo ese párroco; pero los hay peores.

Y es que voy sospechando que lo da de sí el oficio, hasta el punto de que, si un hombre de regulares condiciones, (yo, por ejemplo), fuese cura, no tendría el diablo por dónde desahogarse.

¡Es esto defender al párroco de San Ginés? Dios me libre de tan mal pensamiento. Por mi parte pueden echarlo a presidio cuando gusten, bien por lo del empeño del palio, bien por cualquier otro acto punible que haya podido cometer.

He querido sencillamente dejar sentada una verdad incontrovertible.

¡Cómo está la sociedad! Desde que *La Bomba*, de Málaga, anunció que iba a publicar un número extraordinario y que en él insertaría un artículo titulado *Los estetas de Málaga*, ha recibido muchas cartas, unas suplicando, amenazando otras...

A las que el valiente colega ha replicado: «El colmo de la desvergüenza.

¡Atreverse con *La Bomba* los que se visten como los hombres, sin ser hombres!

Señor Gobernador: ¿Quiere V. S. aumentar los ingresos de la higiene a estilo Ribot en Cádiz?

Si la recaudación se hiciera por categorías... La mar... la mar y la mar.»

Venga ese número extraordinario y veamos si hay algún impío entre los estetas.

¡A que no? ¡A que son todos devotos en ejercicio! Y se comprende. Si la devoción no sirviera para ocultar esos y otros vicios, ¿quién se tomaría la molestia de aparentarla?

En todas partes igual

Los clericales del Perú son como los de todas partes.

Ayer atormentaron al niño Simón en el colegio de Santo Tomás de Aquino, en Lima, colgándole de los dedos para que confesase un supuesto delito. Los autores quedaron impunes.

No ha mucho los Salesianos de Hoja Redonda quemaron horriblemente el vientre a una criatura de ocho años, Juan Calderín. También quedaron impunes.

Y ahora, en el último correo, nos trae la prensa de Lima la noticia de otro hecho brutal: el flagelamiento del niño Humberto Simonetti, por el padre Buenaventura Llanos, director de la escuela de San Francisco de Asís.

Denunciado el hecho a las autoridades, fué reconocido el niño por los médicos de policía y presentó las lesiones siguientes: una herida confusa longitudinal de dos centímetros de extensión, situada en la parte anterior é inferior de la nariz, producida por contusión hecha por látigo, interesando el dermis de la piel; una contusión de primer grado, situada en el labio superior, parte derecha; otra contusión en el carrillo derecho, de un centímetro; otra contusión longitudinal de cinco centímetros de extensión, situada en la región temporal derecha, y además tres contusiones de primer grado, con dos ó tres centímetros de extensión, situadas en la espalda derecha, nalgas derecha y muslo izquierdo.

¿Y por qué este feroz ensañamiento? Porque el niño Simonetti se había reído por no sé qué, y los demás lo habían imitado. Esta vez el fraile criminal está en la cárcel pública.

Reconocemos una vez más que el fraile es el único animal que no pierde ni una sola de sus cualidades características al mudar de clima y alimentación. Las mismas brutalidades hace en los países fríos que en los cálidos, comiendo tajojo que ternera.

Antonio Aquilón, cura de Bolea (Huesca) subió desatado al púlpito después de tra-

gares el cuerpo del Dios manso y humilde, y habló... contra el error ó el vicio? no: contra un colega sayo, don Miguel Langás, que se ha separado de Roma, escribiendo después el hermoso folleto: *Mi profesión de fe ante la Iglesia romana*.

¿Qué más quisiera ese mastuerzo de Aquilú, que el excura Langás le permitiese embetunarle las botas? Nunca se habría visto tan honrado.

Y para que se convenza, por si no lo estuviera del todo, en el número próximo copiaré unos trozos del interesante folleto citado.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Las comisiones militares ejecutivas, creadas para acabar con los liberales, se distinguieron por su injusticia y ensañamiento.

Habiendo dispuesto agregar á sus funciones el conocimiento de varios delitos, como el robo, se imponía en un mismo día la pena de horca á dos individuos acusados de haber dicho ¡viva Riego!, y á un infeliz que hortara dos pesetas, once cuartos y una navajita á Albacete. Con estos fallos, dictados en juicios sumarísimos, comenzó un período de terror, que poco después tomaba proporciones horribles. Muestra de una de las sentencias, inserta en la *Gaceta* del 6 de Abril:

«Comisión militar ejecutiva de Castilla la Nueva.—Manuel García, natural de San Martín de los Pimientos, en Asturias, de 23 años de edad, y oficio mudo de cordel, acusado de haber cantado el *Trágala*, estando embriagado, el 19 de Febrero, en la calle de Platerías, á las seis de la tarde, probó su estado de hecho, además su adhesión al soberano, justificándola con cinco testigos, tras de ellos presenciales, de haber estado preso el encausado en Sevilla, donde pasó el año próximo empleado en la real Tapicería, á resultados de haberle atribuido el gobierno revolucionario la fijación de ciertos pasquines contra el sistema anarquista. Sin embargo, los vocales de la Comisión expresaron íntimamente su voto, que para borrar hasta la menor idea de que en la Comisión ejecutiva podrá nunca encontrar la más ligera condescendencia cualquiera exceso ó falta que se cometa, aun sin entera preparación, contra la causa de la Religión y del Trono, condenaban á Manuel García á los trabajos públicos de esta capital por un año, cuya sentencia se le impuso al reo en 25 de Marzo próximo pasado.»

El infame y secreto juicio de purificaciones se resolvió el 9 de Abril y se sometió á él á los empleados, cualquiera que fuese su categoría, declarando cesantes á los que no tenían pura sangre realista, sin mezcla de liberal. Inútil es advertir que toda la parte sana é inteligente de la administración pública fué reemplazada por la vil ralea ignorante y fanática del realismo.

Tanto llegaron á engreírse los apostólicos con su influencia, que arrojaron en sus empeños de restablecer la Inquisición. En una pastoral escribía el obispo de León:

«No os olvidéis de lo que dice Isaías: con los ímpius no tengáis unión ni aún en el sepulcro; y lo que encargarán San Juan y San Pablo, modelos y apóstoles de la caridad, que ni comamos ni aún nos saludemos con los que no reciban la doctrina de nuestro señor Jesucristo.»

El mismo ayuntamiento de Barcelona, la ciudad más culta de España, dijo en una exposición: «Los liberales han hecho alarde de blasfemar del Eterno, con una impiedad que tal vez no tiene ejemplo. Los perversos subsisten aun entre los buenos turbando con su feroz presencia el regocijo universal de la monarquía. Su corazón gangrenado se resiste al bálsamo de la piedad con que se pretende curarlos.»

Fernando no podía, por la promesa hecha á Angulema, restablecer la Inquisición; pero hizo la vista gorda cuando los obispos de Valencia, Tarragona, Orihuela y algunos más, la restablecieron con el nombre de *Juntas de la Fe*, presididas por ellos y servidas por individuos que desempeñaron anteriormente cargos de inquisidores ó secretarios del Santo Oficio. Algunas de estas juntas ejercieron ampliamente su autoridad, renovando antiguas vergüenzas.

(Continuará.)

Lo que hemos perdido en la última guerra:

—Cuba.—118.833 kilómetros, con habitantes 1.631.690.

—Puerto Rico.—9.315 kilómetros, con habitantes 798.570.

—Filipinas.—296.182 kilómetros, con habitantes 7.832.719.

—Total.—422.330 kilómetros, con habitantes 10.262.979.

Siempre justo, me complazco en reconocer que hemos perdido todo eso por falta de generales: no tenemos más que quinientos sesenta y tantos.

PREDIQUEME, PADRE

—¿No oye usted, señor cura? ¿No oye usted cómo vocan las castañeras cuántas, calentitas?

—Y ¡qué quieres decir con eso, mujer?

—Que ya se acerca el invierno. Las castañeras anuncian el invierno como la golondrina el verano.

—Chica, ¡qué poética estás! Milagro será que toda esa inspiración no resulte en contra de mi bolsillo. Siempre que te metas en dibujos poéticos es para pedirme algo. ¿Qué tenemos con que hayan venido las castañeras? ¿Qué quieres? ¿Que te compre castañas?

—No, señor. Es que necesito una toquilla, y el mantón que tengo está ya bastante pasado y deslucido, pidiendo á voces que le reemplacen por otro. ¡Si viera usted qué baratos y qué elegantes los hay en la calle de Toledo! Por veinte duros venden unos alforbrados de ocho puntas, que...

—Muchas puntas y mucho dinero me parecen. Acostúmbrate á huir del lujo y los adornos excesivos, que tan mal sientan en una mujer cristiana y peor en una sirvienta de sacerdote. El lujo en las mujeres, no sólo fué siempre la perdición de ellas, sino de los hombres que pusieron sus miras en las hembras acicaladas. Oye lo que dice sobre este punto el sagrado libro *Eclesias-*

tes aconsejando á los hombres en su capítulo 9, versículo 8.º

—Déjeme usted á mí de libretos.

—Pues le recomiendo, hija mía, que aparten sus ojos de la mujer compuesta y que no miren en rededor del adorno ajeno, porque son muchos los que se han perdido por el adorno de la mujer. Eso dice *El Eclesiástico*.

—Siempre sería ese eclesiástico otro cura tan tacaño como usted.

—¡Calla, blasfema! ¿Qué estás diciendo? ¡Si es un libro santo inspirado por Dios! Parame mayor confirmación de mi aserto, escucha lo que dice San Pablo á las mujeres: que usen trajes honestos, que se adornen con modestia y sobriedad, que no encrespen sus cabellos (eso va contigo, que siempre llevas la frente llena de arrugas), que no gasten lujosos vestidos, sino que lleven los que corresponden á mujeres que profesan la piedad cristiana.

—Usted siempre encuentra en sus libros disculpas para no desprenderse ni de una peseta. Cuando le pido á usted dinero para ir al pueblo á ver á mi familia, me salta usted con que ningún apostol costaba viajes á sus sirvientas. (¡Tampoco harían otras cosas que usted hace!) Ahora que necesito ropa de invierno, también encuentra usted pretexto para no comprármela. ¡Pues sabe usted lo que le digo! Que usted se queda con sus libretos y yo cojo el baul, monto en la tartana de mi pueblo, y andadito.

—Pero, mujer, ¡si no lo hago por tacañería, sino porque quiero tu santificación!... —Valiente maula está usted. Lo dicho. Ahora voy á buscar un mozo de cuerda, arreglo el cofre, y...

—Detente, alma pecadora, que te obstinas en condenarte por cuatro miserables trapos; los tendrás; te comprarás mantón, toquilla y todo lo que quieras. Ya que mis paternales advertencias, las santas máximas de la Biblia y los consejos de los apóstoles no te convencer, yo me lavó las manos (y con tanto dolor de mi corazón tendré que gastarme el sueldo de este mes).

No hay textos bíblicos que salven á un capellán de á tres pesetas cuando su consorte se empeña en salirse con la suya.

J. G. L.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Las Siervas de Jesús que gravitan sobre Castellón, se matan á trabajar; nunca están quietas. Cuando no cuidan enfermos ricos, que les pagan á peso de oro su caridad, se entregan a las pobres; así las emplean en pagar á la puerta de las casas de los liberales unos sellos en que se lee: *¡vivan los frailes! ¡muera los liberales!* y otras zanganadas por el estilo.

Pónganse al acecho los liberales, y cuanto pillen *infraganti* á una de esas zurrupuecas, unos azotes al natural, y en paz y jugando.

Créase que todo eso lo hacen porque el ayuntamiento, en vista de que para nada sirven á la clase obrera, les ha suprimido las dos pesetas diarias que pasaba á cada una. Pero esto, en vez de servirles de disculpa, es un motivo más para duplicar la zozobra. ¿No les daba vergüenza cobrar por servicios que no prestaban?

¡Pero qué furioso se puso el penitenciario de Plasencia en el sermón que predicó en la catedral contra todo lo existente, la libertad y la democracia en primer término! No hubiera disparado tanto si le birlan el importe de una misa, ganado con el sudor de su frente, ó el ama de su corazón, llevada á su hogar con fines honestos.

No tiene él la culpa, sino los liberales que van á oír barbarizar á tales tipejos y los gobiernos que no les limpian el pesebre.

Bien alimentados y en completa libertad, ¿qué han de hacer sino seguir el instinto, que les lleva á lucir coquetamente las herraduras?

Un tal Alarcón, coadjutor de la parroquia de San Sebastián (Almería) iba graznando tras el cadáver de una señora; y á pretexto de que el acompañamiento no llevaba la marcha que él deseaba, se arrancó por palabras carteriles, volvió grupos, y retornó al templo.

Los acompañantes se escandalizaron, como toda la ciudad al enterarse, cosa que no me explico.

Si al amigo le esperaba una guapa moza á hora determinada, que todo pudiera haber sido, pues de menos nos hizo Dios, giba á faltar á la cita por porque los acompañantes quisieran ir á paso de tortuga? Pongámonos en su lugar, y reconozcamos que cada cual hubiéramos hecho lo mismo.

En el umbral de la casa que ostenta en Villareal la marca del *Chapa*, ó sea el Corazón de Jesús, se encontró hace pocos días envuelto en un mal trapo un niño recién nacido.

Se ignora si pertenece á algunos de los solteros que en la estación rebuznaron hace poco más de un mes contra Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano. Tampoco se sabe el nombre de la Hija de María que haya podido ser su mamá.

¿Qué plancha, amigo Costas, curaza de Castellón, qué plancha!

Llamar á tu casa á las jóvenes que asistieron al mitin revisionista para que se arropintasen y daries la absolución por tan horrible pecado, y contestarte ellas que fueses tú á la suya, ¡si quisieras algo...! Esto fué enseñarte educación y otra porción de cosas.

Claro es que te has vengado contribuyendo á que las expulsen de la coledra de Santa Teresa; pero esto, más bien que venganza, es favor, porque las has apartado de las malas compañías. La tuya la primera.

Un Sr. Coca, que creo que fué zapatero antes de ser cura, es profesor en Málaga de la Normal de maestros, y obliga á los alumnos, hombres ya, á arrodillarse y rezar una parte de rosario antes de dar la lección.

No tiene él la culpa, sino los que lo obedecen. Si los discípulos tuviesen dignidad, el profesor se vería obligado á aparentar que la tenía.

Me dicen, inclito Eusebio, de Gallarta, que has escandalizado hasta á los más beatos, al vomitar injurias contra la señora que habló en el mitin librepensador.

Aun cuando sé que el gremio clerical no es ga-

seas cauto. De no, diré al público lo mucho malo que sé de ti.

Con que ojo, que asan carne.

Telegrafían de París que en Bruselas ha sido preso un sacerdote español en el acto de decir misa.

Se le acusa de haberse dedicado á estafar grandes cantidades por el procedimiento del entierro. Naturalmente. ¿Quién más práctico que un cura en ese tiempo?

El comerciante de naranja en Castellón, don Vicente Pachés, dió comienzo á sus tareas comerciales mandando celebrar una misa á la que asistieron todos sus dependientes de Castellón y Almazora. Terminada, les dirigió el sacerdote una breve plática, encareciendo la necesidad de catolizar el comercio y de asociarse al Corazón de Jesús, para que reinase en todos y cada uno de los operarios allí presentes y fuese el almacén del señor Pachés un modelo de almacenes católicos de naranja.

Como las naranjas van principalmente á Inglaterra, nación protestante, y con los herejes no debe mantenerse relación alguna, ¡vive Dios! que ignoro cómo va ese naranjero beato á armonizar el catolicismo y la ganancia.

¡Pero qué farsa más indigna se está representando en esto de la religión!

Dan ganas de...

Aquí el infinitivo de un verbo que huele muy mal.

EL LEGO

Fornido, coloradote, excesivamente obeso, mostrando al aire las zancas que nunca el jabón olió, es el alma y el *factotum* del vecino monasterio. El guiso para los frailes, repica invitando al rezo, barre, friega, ayuda á misa y limpia los candeleros.

El sabe siempre al dedillo los santos del *añalejo*; cuáles de los tonsurados tienen ó no trapicheos; las beatas que son frágiles, los devotos que son memos, y á quienes más fácilmente puede sacarse el dinero. Cuando coge las alforjas y sale de merodeo, no hay segura una despena á diez leguas del convento; todo lo apanda el bendito; jamones, chorizos, huevos, hortalizas y legumbres, gallinas y cuartos frescos.

Piropeando á las mozas, diciendo á las viejas rezos, no hay casa en que de vacío salga el buscavidas lego. En verano va á las eras llevando un costal tremendo, el cual conduce á su casa de rubio trigo repleto. En otoño á las bodegas, siempre armado de un pellejo, que lleno de rico vino se lleva para el convento.

Nunca cierra la boca, siempre pidiendo y pidiendo, no deja en paz ni aun á Cristo, pues también le pide... el cielo.

IFATALIDAD!

Un joven, huérfano, de aspecto interesante, es enviado á París con muy expresivas recomendaciones para un rico banquero.

Recibido éste con los brazos abiertos—véase cómo caemos en lo inverosímil—é inmediatamente le ofrece un puesto en sus oficinas.

En lo más animado de la conversación, un empleado entra á llamar al banquero.

—Soy con usted en seguida, dice éste á su protegido.

Y sale, dejándolo solo en su gabinete. Mirando maquinalmente en torno suyo, el joven ve sobre una mesa, al alcance de su mano, dos rollos de billetes de Banco, apenas escondidos bajo un sujetapapeles.

Sobre cada uno de los rollos, una ficha sujeta por un alfiler contiene estas mágicas palabras: *¡Cien mil francos!*

El joven sufre un desvanecimiento. Una idea loca cruza por su imaginación.

—No se dirá que durante un minuto de mi vida al menos no he tenido la alegría de llevar doscientos mil francos sobre mí.

Y se apodera febrilmente de los billetes. En el momento en que los hacía desaparecer en el bolsillo de su paletot, volvió á entrar el banquero.

—Y bien, mi joven amigo—dijo éste—estamos de acuerdo. Desde mañana formarás parte de mis empleados. Debutarás con 1.500 francos, pero no permanecerás siempre en esta categoría; os lo prometo.

El joven siente erizarse los cabellos y se le figura que los billetes le abrasan el pecho. Mas ¿qué hacer? ¿Los colocará de nuevo bajo el sujetapapeles?... Su protector lo advertiría.

—Confesará su niñería?... Probablemente agrada poco la broma al banquero y no se tomaría interés por un empleado hasta tal extremo atolondrado. ¿Qué hacer?

Una señal del banquero le indica que la entrevista ha terminado.

El desgraciado se levanta, balbucea las gracias y se va... con los doscientos mil francos.

Instantáneamente siente deseos de arrojarse al río, después de cortarse el cuello; más tarde de partir para Bélgica...

Tras una hora de angustia y de remordimientos, se decide concluir por donde debía haber comenzado.

Vuelve á su casa, hace un paquete con los doscientos mil francos, poniéndole la dirección de

Mr. X..., banquero, calle Z..., y le agrega una carta, escrita con su mejor letra, en la que confiesa su locura y demanda el perdón.

Después desciende de nuevo con paso apresurado como un ladrón, no atreviéndose a mirar á ninguna parte, y entrega el paquete al primer demandadero que encuentra.

Apenas había vuelto á subir á su bohardilla, cuando llamaron fuertemente á la puerta.

Su corazón deja de latir; sin duda el banquero lo sabe todo y viene á que le prendan.

Abre la puerta... El demandadero á quien había entregado el paquete está delante de él sonriente. ¡burlón...

El joven vuelve á cerrar.

—¿Tienes remordimientos?—dice el demandadero—¿Tienes un cobarde? ¿Das el golpe y luego tienes miedo?... Yo no soy como tú. He podido guardármelo todo, pero no he querido, y me he dicho: partírenlos los dos. Toma tú un paquete; yo guardo el otro.

Y alarga uno de los rollos de billetes al joven. El desgraciado permanece aturdo; no se atreve, no quiere comprender... Se siente vencido por la fatalidad.

De pronto se da cuenta de su situación.

—Miserable—exclama—no harás eso. Ese dinero no es para ti. Lo quiero; dámelo.

Y agarra al demandadero por la garganta.

—¿Qué! ¿qué!—responde el robusto auverniano, á la vez que de un puñetazo se desembaraza del joven;—no seas malo, ó me lo llevo todo.

—¿Si ó no! ¿Quieres devolverme esos billetes, infame ladrón?

¡Claramente que no!

Desatinado, loco de furor y desesperación, el joven coge un cuchillo de encima de la chimenea y hiere al azar... El auverniano cae muerto.

Cuando los agentes de policía, puestos sobre la pista por el banquero, que había advertido la desaparición de los 200.000 francos, llegan á la bohardilla, encuentran al desgraciado entre el cadáver y los billetes.

El joven es reducido á prisión, juzgado y condenado á muerte como culpable de robo... y de asesinato en la persona del demandadero, su cómplice.

Esta historia es auténtica. El joven inocente fué castigado por la justicia de los hombres. ¡Y la justicia debió condenarlo! ¿Qué de tragedias ignoradas, de las cuales nadie posee el secreto!

Leo en un periódico:

«Nos quejamos de la degradación social moderna y del incremento del estimismo, pero la Providencia, con su lenguaje de los hechos, haría nos demuestra dónde está el origen del mal, en el monaquismo; su crecimiento determina el de esas plagas: ideales absurdos y antihumanos de pureza á brocha gorda, no pueden producir en la práctica más que eso, vicios abominables por indignidad de castidad y plétora de fuerzas psíquicas.»

Pues si realmente convenimos en eso, ¿por qué no ponemos á los frailes en condiciones de no poder entregarse á esos vicios abominables? Creo que hay para eso un procedimiento sumamente eficaz. Nuestro embajador en Turquía pudiera enterarse de la manera de aplicarlos, en cualquiera de los centros que surten de guardas al serrallo del Gran Señor.

UNA CARTA

Señor don José Nakens: Distinguido correligionario. Estamos de enhorabuena los mindonienses. Cinco racionistas, ó, si á usted le place, cinco Redentoristas (?) del universo mundo—sin excluir á Filipinas,—cayeron sobre la vieja ciudad, sinostros y fieros como las nubes de Otoño.

Fuera bromas, lo es cierto que la inmensa mayoría de mis paisanos preciaban colada.

Hay en Mondoñedo mucha mugre, muchos *acólitos* que chopan... aceite y frecuentan las letrinas de la catedral.

Gracias al cielo, se desbordó la leña. Desnaron los padres y de todas partes surgieron almas primitivas, caras lampinas y pellicies rizadas. ¡Cuánta mística palomita!

De aquí

«Al cielo, al cielo, al cielo» á rebuznar.

Fueron á confesarse muchos calaveras y ahora... andan el calvario. Es lo único que les queda después que sus dulcineas se pasaron á los frailes, ¡con las cartas y con los retratos! sin duda para solaz de los conventos. ¡Bonita broma!

Y más bonita aún, el toque de campanas, cuando terminaban los ejercicios. ¡Virgen del Socorro! Torquemada debió alegrarse mucho si los oyó en el Empíreo. ¡Infundia respeto!

Por eso, sin duda, hubo tantas restituciones y se vendieron tantas medallas... ¿Medallas? ¡Eso es lo que Juan Paisano necesita para pagar las contribuciones! Con las medallas ya se puede comprar pan y sostener la familia. La impiedad discurre de otra manera; mas ¿quién hace caso á los ímpios? ¡Ciegos! Viven en la *tenebrosa noche del pecado* y no ven más allá de... padorné. ¡Oh las medallas! ¡Ya me lo dirás, Juan Trabaja, cuando te llegue el Agosto!

Hubo muchos cuentos de aparecidos, y lloraron las viejas.

Una cura más *bolo y humano* que *Leivinas*, también prodigaba bendiciones en el confesonario. Héteme aquí que cierto día acago—tal vez un martes,—sale á la buena de Dios y va de paseo para engañar la fortuna. Cuando regresa á su aldea, en el dintel de la vivienda le aguarda un condenado, su penitente, que, de buenas á primeras, le da esta espeluznante noticia: «¡¡También tú estás en el infierno!!» Y se abrió la tierra. ¡Boca en tierra quien se ria! El cuento es sin duda inverosímil; mas éstas y otras patrañas no se inventan á humo de pajas. Si que ofrecen poca novedad, pero la Iglesia deseara las novedades, y al pueblo... ¡olá! lo haré que hable de «la sombra del asno.» ¡Trampa adelante!

A un infeliz que se llama *Redondas* y está postroado en cama, le vendieron un milagro por cincuenta reales en *escapularios*.

No se hará el milagro ni volverán tan pronto las *jugueros*. Con todo, puede consolarse el enfermo. ¡Buen predicador le cayó en suerte!... ¡Buen misionero le quedó en casa!...

Desteta os nenos e desenterra os mortos.

La biografía del Demonio... ¡interesantísima! Enseñaba los cuernos y daba al rabo.

¡Cántale os ollos, decían las campesinas.

¡Vade retról, decían nosotros.

Un procurador muy conocido en la localidad

por sus andares, buscaba solícito al repartidor de El Morín, ganoso de hacer méritos y enterarse de lo que decía respecto á las misiones. Por lo visto esa era la misión del pisimo lameplatos.

¡Ila: ¡toma, tita!

Allá van en Masma (ya saben los mindonienses á lo que se va á masma). Ojalá, pues, queden abundantemente satisfechos y recojan abundantísimo fruto.

UNA OVEJITA

(Mondoñedo.)

OTRA

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Soy un obrero de á dos pesetas cuando tengo dónde ganárselas, con esposa é hijos; y, á pesar de todo, asiduo lector de El Morín.

Pues bien; con los ahorros que me resultan desahogadamente desde que manda Silvela, esto es, sin tocar al chocolate del loro ni al alpiste del canario, como hace Villaverde; teniendo en cuenta su advertencia del número 38 correspondiente al 28 de Octubre último, que es la de amontonar riquezas, como dice muy bien el cap. VII, v. 19 del Evangelio de San Mateo, que usted cita, giro á la orden de usted dichos ahorros para que se sirva convertirlos en folletos de los *Crímenes del carlismo*.

¿Y sabe usted para qué los pido? Para repartirlos por las casas de los hipócritas, metiéndolos por donde esconden la cebada, para ver si se arrepienten ante los recuerdos descriptivos que la historia carlista refiere con todos sus sangrientos y repulsivos detalles. Y si conseguimos esto, que lo dujo, ¡qué diantre! algo es algo. Haz bien, y no mires á quién.

Pero si ni aun esto consigo, conseguiré por lo menos que rabien y pataleen los curas, los republicanos de bonete y los demás embaucadores.

De usted aflecco. s. s. q. b. s. m.

JOSÉ MIGUEZ

Ferrol, Noviembre 99.

EL NECIO Y EL SABIO

Una vez se encontraron dos hombres. Uno preguntó al otro:

—¿Quién eres?

Este contestó:

—Soy un necio; me llaman el trabajador. Ahora dime, ¿quién eres tú?

—Soy—replica el primero—un sabio; los hombres me llaman señor.

—¿En qué te ocupas?

—En enseñar á necios como tú.

—¿Quiéres enseñarme?

—Con mucho gusto. Ven conmigo.

El necio fué con el sabio, quien le condujo ante una pila de ladrillos y maderas.

—Edifícame un gran palacio y una cabaña pequeña—dijo el sabio.

El necio lo hizo, y cuando estuvieron terminados, el sabio le dió algunas monedas diciéndole:

—Yo viviré en el palacio, porque lo he ganado con mi trabajo intelectual. Tú irás á vivir á la cabaña, que es mejor para ti, pues siendo necio no podrías apreciar el mérito artístico del palacio; los clavos de tus zapatos estropearían las ricas alfombras, y, puesto que la cabaña me pertenece (ya sabes que la hiciste para mí), es muy justo que me pagues el alquiler por el derecho de vivir en ella.

El necio vivió en la pequeña cabaña y pagó el arrendamiento, diciendo: «¿Qué sabio es! ¡Jamás hubiera yo pensado en construir una cabaña para mí si él no me lo hubiera dicho, y no podría pagar el alquiler si él no me diera un jornal!»

El sabio puso al necio á cavar en una mina, diciéndole:

—Saca carbón de las entrañas de la tierra y cuando yo lo haya gastado, te daré las cenizas para que te calientes.

Biblioteca de "El Motin,"

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

Vuestra justicia no es más que una tragedia espantosa. Hechis vuestros papeles obligatorios, lo confieso, y he aquí por qué, cualquiera que sea el artista, el desenlace es el mismo. Dejo a otros el cuidado de silbar a los actores y de pedir que se cambien; yo silbo la obra y digo a quienes oírlo: La ley implica un aparato represivo; todo gobierno necesita la ley; la represión divide a la sociedad en dos categorías de personas, las que juzgan y las que son juzgadas; cualesquiera que sean las que juzgan, juzgan y encierran, así se eligieran entre las más dulces, las más indulgentes y más justas, continuarán sembrando a su alrededor las lágrimas y la vergüenza, pues que su única razón de ser es la de arrestar a la gente, condenarla y vigilar a los presos. La depuración de la magistratura, la elección de los jueces por el pueblo mismo, la reorganización de la policía, las recomendaciones hechas a los gendarmes o a los empleados de penales, todo será completamente inútil. Tribunales, prisiones y cuantos de eso viven se han hecho para pegar y hacer sufrir. Por suavemente que se apoye el dedo en el gatillo del fusil, cuando el tiro sale y va bien dirigido, la bala mata.

La represión es el fusil, la ley es la bala, el condenado es la víctima. Poco importa, por tanto, quién sea el que oprime al gatillo.

Pero en algunas épocas ocurre que la sublevación se hace colectiva. Cuando echa a la vía pública millares de ciudadanos, cuando la cólera roge en los pechos, cuando el obrero deserta del taller para invadir la calle, cuando el trabajador

deja la herramienta para empuñar las armas, los profesionales de la represión son insuficientes. A esas alas airadas que se alzan con estrépito y baten las rocas sobre las que se asientan los ministerios, prefecturas, alcaldías y palacios de los poderosos, hay que oponer un dique más resistente.

Ese dique hállalo el Gobierno en los quinientos mil soldados que recluta en nombre de la defensa nacional. Todos los años se arranca de sus campos, de sus hogares, de sus familias, de sus hogares, a doscientos mil jóvenes; enciérrales durante tres años en traje de soldado; se les somete a una disciplina de hierro; condénaseles a una vida que envilece; se rompe en ellos los resortes todos de la iniciativa; se les enseña a obedecer ciegamente a los que llevan galones, sin discutir sus órdenes nunca. El deber del soldado consiste en marchar cuando se le dice *marcha*, en pegar cuando se le dice *pega*, en matar cuando se le dice *mata*, sin inquietarse nunca por saber dónde va, a quién pega, a quién mata.

El regimiento es el noviciado por excelencia de la obediencia pasiva, la escuela de la servidumbre ciega. El hombre tiene que ahogar allí las exuberancias de la juventud compasiva, las emociones todas de la vida sentimental; debe convertirse en una máquina de ametrallar o dejarse ametrallar. ¿Sería necesario obtener de esos quinientos mil hombres tal grado de servidumbre, si sólo tuvieran que marchar sobre el enemigo extranjero y defender la integridad de las fronteras?

Sabido es, por el contrario, que los mejores soldados son aquellos que anima el aliento de la libertad o la pasión patriótica.

Más se necesita que sean reducidos a tal estado de inconsciencia para meter los cartuchos en sus fusiles, las bombas en sus cañones, los días de motin, en que se les da la orden de disparar sobre la turba de sus conciudadanos; fuerza es que, mediante el ejercicio de una pasividad gradual, se hagan incapaces de la menor tentativa de protesta, cuando los días de huelga se les ordena aplastar con las herraduras de sus caballos el estómago hambriento de sus compañeros de taller o de abrir con su sable el pecho de sus madres, de sus padres, de sus hermanos o de sus hermanas, culpables de advertir que se mueren de hambre o que revientan de trabajo.

Fuerza es que ya no se acuerden de que ayer estaban en la fábrica o en el campo, y que allí volverán mañana; preciso es que en su manía de obediencia ciega, no reconozcan más el seno que los amantó, el padre que los mantuvo. Federico el Grande tenía costumbre de decir: «Si mis soldados comienzan a pensar, ninguno permanecerá en las filas.»

sólo necesitarían tener en cuenta la explotación común de que son víctimas, examinar sus idénticos sufrimientos.

Si me niego a creer en el patriotismo ruidoso, de los que, como algunos personajes muy conocidos, hacen de él un reclamo, una industria; en el de los gobernantes que lanzan a la frontera los delirios del jacobinismo mientras que su grandeza los retiene en la orilla; de los patronos que explotan a extranjeros con preferencia a los nacionales porque aquéllos cuestan un poco menos; de los comerciantes que venden como productos franceses mercancías importadas; de los banqueros que no ven en la guerra más que las múltiples operaciones a que da lugar; de los oficiales cuya carrera favorecen las campañas, reconozco que hay fanáticos a quienes electriza el odio al extranjero y que son víctimas de esa mistificación espantosa.

Estos últimos son muy numerosos todavía. Se baten como héroes, soportan sin quejarse fatigas y privaciones, se exponen estoicamente a los peligros de la lucha. De ellos es de quien Alfonso Karr dijo en *Bajo los tilos*: «Llegado a la edad del servicio militar, hay que someterse a las órdenes inmotivadas de un grosero o un ignorante; hay que admitir que lo que hay de más grande y noble es renunciar a la voluntad para hacer un instrumento pasivo de la voluntad de otro, dar sablazos y hacer que se los den, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frío, dejarse mutilar sin saber nunca por qué, sin más compensación que una copa de aguardiente el día de la batalla, la promesa de una cosa impalpable y ficticia, que da o niega un gacetero en su cuarto bien caliente: la gloria, la inmortalidad después de la muerte. Un tiro le alcanza, el hombre herido cae, sus camaradas lo rematan pasando por encima de él, se le entierra medio vivo, y entonces el libro de la inmortalidad, sus camaradas, sus padres lo olvidan, y aquel por quien ha dado su dicha, sus sufrimientos, su vida, no lo ha conocido nunca. En fin, algunos años después se va a buscar sus huesos blanqueados, se hace de ellos negro de marfil y betún inglés para dar lustre a las botas del general.»

Camilo Flammarion estima en 1.200 millones el número de las víctimas de la guerra desde el comienzo del período histórico Asiático Europeo, o sea cerca de cuarenta millones de hombres por siglo, mil ciento por día, casi un par por minuto. «Y si por casualidad, dice, el cuchillo se detiene un día, dos mil doscientos condenados esperan su turno al día siguiente.» Los que quieren saber lo que cuesta la gloria de un Napoleón, que tuvo Waterloo y la invasión, no tiene más que leer una memoria reciente de M. Federico Passy. Allí verá que los

El presupuesto crece de año en año. A los que se quejan de la marcha ascendente del impuesto, se les contesta: «La herida sangrienta de la patria no está cicatrizada todavía, los hijos de la generación nueva han sido concebidos en el dolor de la invasión, en el deshonore de la derrota. Cargas pesadas daban de aquel año terrible y también todos deberes. Es una de las esperanzas que debe concebir toda alma noble, la del desquite que no nos está prohibido preparar. Para levantar nuestras fortalezas desmanteladas, para proseguir la obra de redención nacional y reconquistar el puesto que la Francia debe ocupar en el mundo; para perfeccionar nuestro material de guerra y ponernos al frente de un armamento invencible, es para lo que desde hace veinte años se impone nuestro país sacrificios excesivos. Debemos permanecer desarmados en frente de Europa formidable y de Alemania que nos acecha? Por el honor de la patria es por lo que los presupuestos de guerra alcanzan tan elevadas sumas.»

Y he aquí que, turbando el recogimiento de una nación que se consagra a reponer sus fuerzas para reconquistar las provincias que le fueron arrebatadas, resuena el estampido de la fusilería. El formidable ruido resuena por los llanos y los montes; los ojos se dirigen a las gargantas de los Vosgos. ¿Es que va a comenzar la lucha horrible, implacable? ¿Es esa la señal? ¿Ese estertor se exhala de pechos extranjeros? ¿Esa sangre se escapa de la carne rasgada del alemán?

... Esa sangre roja y generosa es la de los proletarios franceses, muertos por otros proletarios franceses convertidos en soldados; ese exterior sale del pecho de una muchacha de 17 años, María Blondeau, francesa también, que llevaba en su débil mano un arma terrible, una rama de muérdago, y que, ignorante del peligro que corría, ha servido de blanco a la primera bala del fusil Lebel!

¿Será para eso, para responder con la metralla a reivindicaciones populares; será para oponer los hijos a los padres, los hermanos a los hermanos; será, pues, para armar una parte de la nación contra la que sufre y procura sacudir el yugo de los directores que lo explotan y esclavizan; será para reprimir las manifestaciones, las huelgas, las asonadas, los motines, las insurrecciones en que los hombres libres y animosos exponen su libertad y su vida, será para eso, para lo que se ha hecho el ejército? ¿Será para eso, para lo que se alza el cuartel enfrente de la fábrica y toda aglomeración obrera de alguna importancia está provista de guarnición?

Si, para eso es, no lo dudéis; tanto, por lo menos, como para la defensa del territorio. En una proclama al ejército de los Alpes, proclama que se ha hecho célebre, el general Changarnier dijo estas palabras: «Los ejércitos modernos tienen

por misión, más que la defensa de las fronteras, la defensa del orden contra los revoltosos del interior.»

¡Mentira! El patriotismo, como los demás sentimientos finados que caracterizan a nuestra época, es un pretexto para todas las instituciones que declinan.

¿Han protegido el territorio en 1814, en 1815, en 1870, los ejércitos permanentes? ¿Los que rechazaron al invasor o llevaron a lejanas tierras la bandera de Francia, no fueron ejércitos improvisados y hechos con necesidad en masa?

¿Suiza y Bélgica, tendrían necesidad de ejércitos permanentes, si sólo se tratara de asegurar la integridad de sus fronteras no amenazadas, o de proteger su territorio, cuya neutralidad es, desde hace tiempo, formalmente reconocida y respetada escrupulosamente?

¿No salta a la vista que bajo el aspecto puramente nacional estaría la patria mucho mejor guardada, si todo ciudadano armado é incorporado en las milicias nacionales, se ejercitase periódicamente y estuviese el territorio cubierto de innumerales y resueltos defensores?

Nada comparable al cándor de esas escuelas políticas que, imaginando é fingiendo creer que los ejércitos están destinados únicamente a combatir al enemigo exterior, reclaman cándidamente, hace años, la abolición de los ejércitos permanentes y el armamento general del pueblo. Pueden esos cándidos reclamar en todos los tonos la supresión de los ejércitos permanentes y la creación de milicias nacionales; no consiguirán ni lo uno ni lo otro; porque hay que persuadirse de que el ejército es indispensable, no sólo a la patria para defenderse, sino también, y sobre todo, al gobierno para su sosten. Si en vez de estar en el aprisco como los rebaños y en los estrechos límites trazados por el sable del conquistador, los pueblos, no divididos ya por vanas querellas, por rivalidades creadas a capricho, por odios cuidadosamente sostenidos y desarrollados por las *clases directoras*, darianse pronto la mano por cima de los ríos y los montes y se librarían de los dueños que los hacen desgraciados; caerían los cetros de las débiles manos que los empuñan; rodarían por tierra las coronas, los tronos se derrumbarían pulverizados; se hundirían las dinastías; las repúblicas oligárquicas volverían a la nada, y las barcas de pueblo a pueblo suprimidas, libre de sus amos la humanidad y reconciliada definitivamente, marcharía confiada y unida hacia la tierra prometida de la felicidad, no teniendo más que una patria: la tierra; un culto: la libertad; un objetivo: la felicidad universal.

A fines del siglo XVIII, un pensador ilustre, Don Deschamps, (1) decía ya: «Se habla hace tiempo de paz universal,

(1) *Le Système.*

diez años del primer Imperio quitaron a Francia 1.750.000 hombres y a Europa cuatro veces más. El mismo autor les enseñará que las locuras patrióticas desde comienzos del siglo, se valían en trescientos mil millones de francos tragados por un río de sangre que arrastró veinte millones de hombres asesinados. En pie de paz, los ejércitos europeos se elevan a 3.600.000 hombres; en pie de guerra, sólo en las cinco grandes potencias, a 21.000.000.

Cuatro mil cuatrocientos noventa y seis millones, trescientos mil francos fijanse todos los años en los presupuestos de guerra y marina de las cinco grandes potencias continentales de Europa (1). En favor de estas cifras aterradoras, los más ardientes partidarios del ejército y el patriotismo sólo saben aducir malas razones envueltas en un pedazo de tela tricolor y rodeada de frases rimbombantes y hueras sobre el peligro nacional, el honor de la patria, el desquite, la gloria y otras liliatías.

La gloria, pues, consiste en vencer a un enemigo más débil ó peor armado? El honor consistirá en sembrar la muerte, derramar sangre, hacer viudas y huérfanos, debastar, saquear, robar un país vencido?

Triste honor! Triste gloria! Madres que os inclináis ansiosas sobre la cuna de vuestros hijos; vosotras que con ternura tanta guiáis sus primeros pasos; vosotras que con todo el amor

(1) *L'Economiste Européen* (Septiembre 1893) publica con la firma de su director M. Edmundo Thierry las siguientes cifras:

Gastos totales (Guerra y Marina) en millones de francos. Año 1892-1893.	
Francia.....	800.0
Rusia.....	1107.1
Alemania.....	822
Austria-Hungría.....	421.4
Italia.....	855.1
Inglaterra.....	882.0
Bélgica.....	47.0
España.....	180.8
Holanda.....	75.8
Suiza.....	56.7
Total.....	5237.6

ó sea cinco mil doscientos cincuenta y siete millones seiscientos mil francos para esas diez potencias.

Para llegar a la evaluación aproximada de lo que cuesta la paz armada en Europa, habría que tener también en cuenta la inacción desde el punto de vista agrícola á que están condenados cerca de cuatro millones de soldados y por este hecho triplicar la suma y elevarla á quince mil millones. Habría además que calcular el valor de la primera materia y de todo el trabajo que se evapora en los arsenales, el material de guerra, los fuertes y murallas, etc., etc.; material y trabajo que podrían consagrarse á fomentar la vida y el bienestar y que tienen por objeto la destrucción y la muerte.

Creo que se puede, sin exageración, calcular que, por este lado, Europa se priva de un valor igual á la suma de 15.000 millones. Treinta mil millones, pues, es en realidad lo que cuesta anualmente á Europa la locura patriótica. Treinta mil millones que, repartidos entre 336.389.000 habitantes, dan á cada uno cerca de mil francos al año. ¿Cuántas lágrimas enjugadas, cuántas miserias evitadas, cuántas vidas, qué ahorro de vidas!

No descubriré las sutilezas con cuyo auxilio los moralistas de la religión han procurado conciliar las ideas incompatibles de Dios y de libertad humana. No mencionaré los esfuerzos seculares intentados por los metafísicos con objeto de armonizar el amor de no sé sabe qué bien por ese bien mismo, con el de sí propio y el del prójimo. No indicaré tampoco los innumerables sofismas usados por los partidarios de la moral altruista, para probar que el amor al prójimo es á la vez el sentimiento más grato á Dios, la tendencia más conforme con la idea de la virtud immanente y absoluta y la vía que más seguramente conduce á la felicidad, es decir, al amor de sí mismo.

En fin, no me ocuparé, al menos por ahora, en mostrar de que modo la moral egoísta, muy lejos de excluir el amor al prójimo, se liga con la moral altruista. Repito que tal estudio, que exigiría un volumen entero, no estaría aquí en su lugar.

No tengo por qué inquietarme actualmente del valor intrínseco de las diferentes éticas, ni de dedicar cien páginas á un estudio comparativo; lo que sí haré es indicar en qué medida se alimenta la moral social contemporánea, y, hecho esto, mostrar los resultados que produce, con relación á mi asunto: el dolor universal.

La moral social contemporánea

A.—SUS RELACIONES CON LAS MORALES PRECITADAS

Se enuncia directamente de ninguna de las escuelas precedentes; tiene puntos de contacto con todas. —Sus relaciones con la moral religiosa.—Sus afinidades con la moral metafísica.—Consecuencias de la moral altruista en nuestra época; su falacia; su impotencia frente al antagonismo de los intereses individuales.—Lo que hay que pensar de la caridad. Exposición, justificación é historia de la moral utilitaria.—Su punto de unión con la moral altruista.—Su filosofía.—Su ideal.

Difícil sería ligar la moral social contemporánea con cualquiera de las cuatro que acabo de enumerar, pues si en ninguna exclusivamente se inspira, toma algo de cada una de ellas.

Sin duda que no estamos ya en los tiempos en que el amor de Dios, la obediencia á su voluntad soberana, eran reputados como la única regla de conducta indiscutible.

En nuestros días, la indiferencia religiosa ha penetrado en todos los corazones; de tal modo el eclesiasticismo ha saturado los cerebros que, oficialmente al menos, la moral no puede apoyarse en tan frágiles creencias.

Obsérvese no obstante que si Cristo ha desaparecido de la mayor parte de las escuelas, permanece en los juzgados, como si fuera el símbolo de la justicia y como si ésta debiera continuar haciéndose á la sombra de la cruz. Se notará también

que los testigos juran «ante Dios» y que el juramento constituye asimismo un verdadero acto de fe. Se advierte además que la nación se ha llamado *hija mayor de la Iglesia*, ha estado tanto tiempo y tan profundamente *cristianizada*, que, para muchas personas todavía, el Decálogo contiene el resumen de todos los deberes y sintetiza admirablemente la moral.

Añado que en la moral contemporánea vuelve á encontrarse uno de los rasgos distintivos de la moral religiosa: las religiones todas, teniendo en cuenta, consciente ó inconscientemente, esa tendencia irresistible de la humanidad hacia la dicha y su invencible aversión al sufrimiento, han atribuido del respeto ó la infracción de la ley religiosa un paraiso de recompensas ó un infierno de castigos; la felicidad eterna é inefable para los que vivan con arreglo á los preceptos de la religión; el tormento sin fin é indescriptible para los que falten á ellos.

La moral de hoy encierra en los límites de la existencia humana sus promesas y sus amenazas; pero—y me apresuro á añadir que no podría ser de otro modo con una ética que se impone por autoridad al individuo, sin lo cual no habría motivo para conformarse con ella—no por eso deja de ser, como su antecesora, una moral de comerciante. La virtud practicada así, no teniendo otro móvil que el temor al castigo ó la esperanza de la recompensa, se limita á un simple cálculo aritmético. El virtuoso es un ser que sabe colocar bien el capital de sus buenas acciones; es un buen especulador, un matemático hábil, y nada más.

No digo que no sea humano el obrar movido por la remuneración, porque *homo sum*, y sé por experiencia que el atractivo de un placer ó el temor de una pena puede únicamente impulsarnos á hacer esto ó apartarnos de aquello. Quiero decir simplemente que no sé qué pito toca en esto la virtud.

Desde este punto de vista el individuo, sea el que sea, torpe á listo, inteligente ó tonto, moralmente es neutro.

..

Completamente distinta, mucho más elevada, cien veces más noble es la moral metafísica, por costumbre llamada *estética* y de la que Zénon fué fundador ilustre. A través de las variantes que la han hecho caer alternativamente en la moral religiosa y altruista, según los tiempos, el lugar y la filosofía—y de los discípulos de Zénon á los de Manuel Kant—ha conservado muy clara su afirmación distintiva é intacta su tendencia hacia el amor del bien absoluto.

El ser moral debe amar la virtud, no por la felicidad que en esta vida ó en otra pueda traer consigo, sino por sí misma; (Continuá.)

mesas de los candidatos; mentira la competencia, el liberalismo y la honradez de los elegidos; mentira la imparcialidad de la magistratura; mentira la misión de los ejércitos; mentira el patriotismo.

CAPITULO VI

CAUSA DEL DOLOR UNIVERSAL

CAUSAS SECUNDARIAS Y DIVERSAS: LAS INSTITUCIONES SOCIALES (continuación): LA INIQUIDAD SOCIAL

I

Introducción á la moral social contemporánea.

Escuela religiosa; escuela metafísica; escuela altruista. Sus caracteres comunes y respectivos.

Es imposible que la iniquidad moral no ocupe lugar al lado de las precedentes iniquidades, económica y política. Entre las instituciones todas de una sociedad existe paridad tan estrecha que, partiendo del conjunto, se puede estar seguro de encontrar en él detallados los menores defectos y cualidades, y partiendo del detalle, encontrar los defectos y cualidades del conjunto.

Hemos visto que bajo el nombre de propiedad individual, la organización económica lleva en sí una reglamentación asesina y da por resultado un pauperismo espantoso. Sabemos igualmente que, bajo el nombre de gobierno, la organización política descansa sobre una interpretación hipócrita del derecho humano, necesita una gerarquía abrumadora y lleva á la sociedad á un abismo de sufrimiento y servidumbre.

Réstanos estudiar lo que pasa en lo moral, y espero que me costará gran trabajo demostrar que esta última iniquidad reduce á los hombres, bajo el nombre del *Deber*, á situación no menos lamentable que la que le crean las instituciones políticas y económicas.

..

Sin pretender dar aquí un curso de ética—ya he dicho que me propongo dar fin á ese trabajo algún día,—creo indispensable decir algunas palabras de las diversas escuelas que se disputan el honor de dirigir nuestras conciencias.

Son aquellas numerosas, pero inspirándose en un punto de

partida, pueden resumirse todas en las cuatro siguientes: La primera tiene por base, el amor de Dios: es la escuela religiosa; la segunda, el amor del bien en sí: es la escuela metafísica; la tercera, el amor del prójimo: es la escuela altruista; la cuarta, el amor de sí mismo: es la escuela utilitaria. Para los creyentes de la moral religiosa, el bien consiste en conformarse con la voluntad de Dios; para los que se atienen á la moral metafísica, la virtud consiste en amar el bien por él mismo; para los adeptos á la moral de abnegación ó altruista, el deber consiste en consagrarse á hacer la felicidad de sus semejantes; en fin, para los partidarios de la moral utilitaria ó egoísta, el bien consiste en buscar su propia felicidad.

Todo lo que es conforme á la ley de Dios, es el bien; todo lo que le es contrario, el mal: esto para los creyentes. Todo acto determinado por el amor del bien, de la justicia, sin esperanza de recompensa, sin temor de castigo, sino únicamente porque la conciencia lo reconoce bueno y justo, todo acto de este género es virtuoso; toda acción contraria es criminal; esto para los metafísicos. Todo lo que tiene por objeto ó por resultado la felicidad de otro, hasta y sobre todo, en detrimento del que obra, es virtud; todo lo que perjudica á otro, es vicio; esto para los partidarios de la moral altruista. En fin, es bueno todo lo que contribuye al bienestar, al placer, al goce, á la felicidad del individuo que obra; es malo lo que encierra para él una fatiga ó un sufrimiento; esto para los utilitarios. Conviene hacer en seguida una triple observación: la primera es que la moral religiosa y la metafísica se basan forzosamente en abstracciones, mientras que las otras dos tienen la ventaja de referirse á realidades tangibles, palpables, vivas; de ahí un carácter común á las dos primeras éticas: la inmaterialidad de su criterio; y así también un carácter común á las dos últimas: la materialidad de su base.

La segunda observación que hacer, es la de que, hablando en nombre de Dios, de la virtud y del prójimo, las escuelas religiosa, metafísica y altruista no hablan más que de deberes y se confunden inevitablemente en una especie de código moral, en tanto que, inspirándose en la sola satisfacción del *yo*, la escuela utilitaria no proclama, digámoslo así, más que la existencia de derechos, no teniendo el individuo que inspirarse para su regla de conducta más que en sus apuros, sus necesidades, sus pasiones y en la satisfacción de sus apetitos y otras.

En fin, para las tres primeras escuelas, la regla de las acciones emana de un objeto tomado de fuera del sujeto; para la última, objeto y sujeto se confunden de suerte, que el sujeto no depende más que de sí mismo, no tiene que consultar más que á su propia personalidad. Así, pues, sólo la moral utilitaria no tiene carácter alguno de obligación.